

UNA FLOR PARA ANDY



Mali Fariña

Mali Fariña

**Las chicas
de Mali**

**Una flor para
Andy**

Primera edición: agosto de 2026

© Copyright de la obra: Mali Fariña

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-992250-6-8

Código ISBN digital: 979-13-992250-7-5

Depósito legal: B 16573-2026

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Dedicado a tod@s mis chic@s

Prólogo

¿QUIÉN ES ÉL?

Andrés Lozano es considerado por la prensa del corazón como «el chico de oro».

Pertenece a la familia de abogados de más prestigio de la ciudad. Su bisabuelo, don Gonzalo, fundó el bufete en solitario y pronto su hijo don José le acompañó, creciendo juntos. Ahora, aunque tiene socios ajenos a la familia, sigue siendo una empresa muy familiar y Andrés trabaja allí como última incorporación.

Tiene fama de guerrero y no da una batalla por perdida. Sus casos ganados han sido alabados por compañeros de profesión y muy felicitado, sobre todo, por el abuelo don José, quien es muy parco en halagos.

Yo le conocí por casualidad en mi trabajo, que no tiene nada que ver con el suyo, y no tiene nada de fiero el guerrero que yo conozco.

¿Os gustaría conocer nuestra vida juntos? Seguidme.

¿ME ACOMPAÑÁIS?

Capítulo 1

Yo soy Malena, estudié enfermería y lo completé con fisioterapia, que también me atraía mucho, pero sentí que haría feliz a mi padre si seguía sus pasos y entré en el ejército. Me creía muy segura de mí misma y me alisté con mis veintisiete años recién cumplidos.

Me destinaron a un pequeño destacamento en misión de paz y también para ayudar a reconstruir la pequeña aldea que estaba próxima a nuestro emplazamiento.

El equipo sanitario lo formábamos un médico, un auxiliar de farmacia, que también hacía las veces de traductor, y yo como enfermera. La población nos observaba con cierto recelo. No estábamos muy seguros de que quisieran nuestra ayuda. Al menos había una minoría que nos hacía sentir su malestar.

Poco a poco empezaron a acercarse y tuvimos que atender a una niña con una neumonía y la curamos. Esto hizo que el resto de la aldea empezase a visitarnos, como si fuésemos su ambulatorio.

Nos hicimos amigos Conrad, el farmacéutico, como le llamábamos, y yo. Pronto nuestra amistad fue evolucionando y nos convertimos en una pareja «formal». Acabamos pidiéndole a nuestro capitán que nos casara. Sabíamos que la validez del compromiso la obtendríamos en un juzgado de paz, cuando volviésemos a casa, a España, pero nos hacía mucha ilusión.

El capitán tenía raíces celtas y nos propuso celebrar un *Handfasting*. Es una ceremonia de boda celta y muy antigua, que le contaron sus abuelos. Se realiza en la naturaleza y las parejas unen sus manos con un lazo

dentro de un gran círculo de flores, que simboliza la eternidad.

El maestro de ceremonias debe convocar al fuego, a la tierra, al aire y al agua. La duración del compromiso es por un año. Pasado este tiempo, la pareja decide si están preparados para formalizar el enlace. Nos parecía perfecto.

Pasados unos meses, me mareé atendiendo a un niño con un corte en la pierna. Era la primera vez que me pasaba ante un poco de sangre. A los tres días me volvió a pasar, dando un paseo por los alrededores. Se me encendió la alarma y le pedí a Conrad que me consiguiera un test de embarazo. Vivíamos con mucho trabajo y también con algo de inquietud por las noticias que llegaban del pueblo, por lo que mis despistes con los anticonceptivos hicieron que apareciera un positivo bien claro. Aunque aún no lo teníamos hablado, nos alegramos por la sorpresa. Realmente estábamos felices. Pronto nos licenciáramos y antes de que naciera nuestro bebé estaríamos en casa.

Era jueves y Conrad salió hacia el pueblo a buscar unas cajas que habían llegado con más vacunas, pues no habían sido suficientes en el envío anterior.

Pasadas unas horas, las noticias que nos llegaron eran horribles. Un grupo de rebeldes nos castigaron tiroteando al pequeño grupo de soldados que ese día estaban en el pueblo. Conrad resultó muy grave y ya llegó muerto a mis brazos. Me invadió una sensación de desamparo, que me sumió en una depresión profunda.

Solo nos faltaban dos meses para licenciarnos, pero no me sentía con fuerzas para seguir, no lo soportaba y regresé a casa acompañando el cadáver de Conrad para no volver.

El *shock* que sufrí me paralizó de tal modo, que era incapaz incluso de articular palabra. Me acogieron mis padres en su casa, ya sabían lo de mi embarazo y

consiguieron que me visitara lo más pronto posible el psiquiatra del ejército. Este consiguió que reaccionara y que me hiciese cargo de mi vida y de la de mi futuro bebé.

Papá, militar retirado, me ayudó con el papeleo que dejé pendiente y gracias a esta ayuda volvía a ser una civil.

Dejé varios currículums buscando trabajo, pero por mi físico, con una barriguita que no se disimulaba, ya solo contestaban que no necesitaban a nadie, que tenían su plantilla completa.

No me preocupaba, pues contaba con un dinero que, aunque no eran ahorros, si era mío, lo tenía después de vender el apartamento en el que vivía anteriormente.

ME CAMBIÓ LA VIDA

Nació mi bebé y alegró mi vida de una manera inmediata. Era una niña y la viva imagen de su padre: piel tostada, pelo muy negro y lacio, y los ojos increíblemente azules. La llamé Sol, en recuerdo a los preciosos amaneceres que viví con Conrad. Era así de especial, pues su padre era hawaiano y su madre inglesa, de ahí sus rasgos tan particulares. También eran militares y Conrad nació en la base militar de Rota. Cuando le conocí, ya hacía dos años que los había perdido.

Vino a conocer a mi niña, mi amiga Carmen, y me propuso que fuese valiente y aceptase ir a vivir con ella. Me independizaría de mis padres y la tendría a ella de «canguro», siempre que lo necesitase. Acepté el reto. Era muy tentador.

Como no quería sentirme una carga económica, pues el dinero iba desapareciendo de mi cuenta, solo gastando lo imprescindible y necesario, quise buscar un trabajo. Carmen, no os lo he dicho antes, es maestra de Primaria. Tiene una muy buena compañera y su marido es el dueño de una empresa de limpieza, Li-Max. Le pidió un puesto para mí y me dieron trabajo como limpiadora. Me integré en un equipo de cuatro personas para ocuparnos de un edificio de oficinas. La jornada es de las 23:00 a las 7:00. Se me hace duro este horario, pero no puedo hacer otra cosa. Necesito el dinero. Tengo una bebé de ocho meses. Quiero que se críe sin lujos, pero sí con lo necesario.

Carmen me ayuda cuando llega del cole y por la noche. Cuando regreso es temprano y llego a tiempo de bañar a mi pequeña, desayunar, ir con ella a hacer recados, un paseo o pasar un ratito por el parque.

Después de comer hacemos juntas una siesta, hasta que Carmen llega, la despierta y ya se encarga de ella, mientras sigo durmiendo hasta la hora de la cena. Cenamos juntas, hablamos de todo y después de acostar a Sol, me pongo el uniforme y salgo para el trabajo.

TODO EMPEZÓ AQUÍ

Andrés Lozano es el abogado que ocupa el despacho número dieciséis y que limpio en último lugar. Esto hace que le vea llegar todos los días, es el más madrugador, con su impecable traje, con su pelo perfecto y un aroma delicioso. Él no me ve, no sabe que existo, pero yo tengo un sitio estratégico, desde donde le observo cada mañana. Cuando empecé en este trabajo, ya el primer día me fijé en una foto que tenía el señor Lozano en su mesa. Me parecieron muy atractivos los dos hombres vestidos con ropas de nieve. Estaban en compañía de una jovencita rubia y muy sonrientes los tres. Mi curiosidad hizo que una primera de muchas mañanas, y sabiendo que solía llegar antes de su hora, hiciera el remolón para verlo en carne y hueso. Y asegurarme de cuál de los dos hombres de la foto era el señor Lozano.

¡ERROR! Ya no me lo pude quitar de la cabeza.

Carmen tuvo que ausentarse para cuidar de su madre que la operaban y necesitó quedarse un par de días (lunes y martes) más de lo pensado. Cambié con una compañera el horario del lunes y llevé a Sol ese primer día a una guardería de esas por horas. Pero como las desgracias no vienen solas, Sol se puso con fiebre (por una faringitis) y, al no poder llevarla el segundo día, volví a mi horario y cargué con Sol al trabajo. Es muy buena y duerme como un tronco y en cualquier sitio. Mis compañeros, que les conté mi situación, me ayudaron a vigilarla, porque estaba un poco inquieta por la fiebre, y a no decir nada al patrón.

Ya tengo prácticamente listo el último despacho y tengo a Sol dormidita en su carrito en un rincón. Decido ir a la máquina a por un café, estoy que me caigo de sueño. «Voy y regreso enseguida», pienso, pero la máquina se atasca y en

lo que tardo, sin yo saberlo, llega el señor Lozano. Como cerró la puerta, llamo con los nudillos. Me contestan que adelante y cuando entro lo que veo me deja con la boca abierta, pum, pum, pumba, el señor Lozano tiene a Sol en brazos y está jugando con ella

—¿Es suya esta preciosidad?

—Sí, perdone las molestias, pero es que ha tenido fiebre y no he tenido a nadie de confianza con quien dejarla.

—Está mejor. No le noto fiebre y se ha despertado alegre y me regala su chupete. Es un encanto.

Me la entrega y no puedo estar más avergonzada. Aun así, me armo de valor y le pido qué, por favor, no comente este incidente con mi jefe. Necesito muchísimo este trabajo.

—Tengo fama de ogro en los tribunales, pero no crea todo lo que cuentan de mí. Tengo un corazoncito y estos ojazos lo han conquistado. Quédese tranquila, que no diré nada, pero con dos condiciones. Una, saber su nombre y el de su mamá, y dos, que me tutees.

—Ella es Sol, como el astro, y yo me llamo Malena. Encantada de conocerte y nuevamente gracias. Si puedo hacer algo por ti, solo tienes que pedirlo. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, adelante.

—¿Eres tú el que sale en las revistas del corazón?

—Sí. ¿Por?

—Tonterías mías. Otra vez gracias.

Mientras hablamos, mi pequeña no deja de echarle los brazos, así que me la quita, le da un besito en la frente y la coloca en su cochecito.

—Ya no tiene fiebre. Cuidaos.

—Adiós señor Lozano.

Me marchó con el carro de limpiar en una mano, el carrito de Sol en la otra, con el corazón latiendo desbocado y unas piernas de plastilina.

Acerca de la autora



Amalia Fariña Martínez (Mali) nació el 3 de enero de 1960 en Marín (Pontevedra), pero desde 1986 reside en Castelldefels (Barcelona). Realizó la carrera de Magisterio, aunque dedicó gran parte de su vida al cuidado de su familia. A pesar de los reveses que le ha presentado el camino, Amalia nunca ha perdido la ilusión por seguir disfrutando de sus grandes pasiones, entre ellas la literatura.

Con un estilo literario inconfundible, ha creado un universo de mujeres luchadoras, a las que nada ni nadie les impide alcanzar sus metas y sus sueños. Tras el éxito del primer libro de la colección, *Las chicas de Mali. Me gusta tu coche*, llega pisando fuerte para el disfrute de miles de lectores con una nueva entrega: *Una flor para Andy*.